

La Perseverancia (V)

Contra la marcha impasible del tiempo, la perseverancia irreductible del hombre

E.W.S.

Decía Franklin:

“Un hombre que no sabe economizar a medida que gana, morirá sin tener un centavo después de haber estado toda su vida pegado al trabajo. Muchas fortunas se disipan a medida que se ganan desde que las mujeres han abandonado la rueca y la calceta por la mesa de té, y los hombres el hacha y el martillo por el ponche. Si queréis ser ricos, no aprendáis solamente a saber cómo se gana, sino también cómo se ahorra. Las Indias no enriquecieron a los españoles porque sus gastos han sido mayores que sus utilidades”.

Renunciad pues a vuestras costumbres locuras y os quejaréis menos de la dureza de los tiempos, de lo gravoso de los impuestos y de los gastos de vuestras casas. Es más costoso alimentar un vicio que criar dos hijos. Creéis sin duda que un poco de té, un poco de ponche una que otra vez, una mesa más delicada, unos vestidos algo mejores y una francachela de tiempo en tiempo no son objetos de gran importancia. Estad alerta contra los gascillos porque una insignificante vía de agua bastará para hacer zozobrar un gran navío. La delicadeza del gusto conduce a la mendiguez. Los niños y los locos se imaginan que cien pesetas jamás se acaban. El que saca continuamente del arca y no lo reemplaza, pronto llega al fondo y es el caso de que precisamente cuando el pozo está seco es cuando se valora el agua. Difícil es que un saco vacío se mantenga derecho. Ganad cuanto podáis y guardad vuestra ganancia; he aquí el verdadero secreto de convertir el plomo en oro. El día que lleguéis a poseer esta piedra filosófica que es la posesión de sí mismo, estad seguros de que ya no os quejaréis del rigor de los tiempos ni de la dificultad de pagar impuestos.

Esta doctrina es la de la razón y de la Sabiduría. Sin embargo, no vayáis a confiar ciegamente en vuestro trabajo, en vuestra economía y en vuestra prudencia. Ciertamente es que semejantes dotes son excelentes pero en la escuela de la experiencia las lecciones cuestan caras, si bien es verdad que en ella es en el único lugar en donde se corrigen los insensatos y aún no hacen grandes progresos porque se puede dar un buen consejo, pero no el buen juicio. Con todo esto tener presente que quien no admite consejos no puede ser socorrido ya que la razón sólo atiende al que le atiende a ella.

¿ESPERANZA O CONVICCIÓN?

Esperanza sí, pero ante todo ha de haber convicción. La esperanza es un aliento que no siempre va unido a la razón; por consiguiente, al trabajar para un fin determinado es mejor que pongáis convicción en vuestro trabajo que no que lo alimentéis con inseguras esperanzas. No es el corazón, no son los sentimientos los que han de animar vuestras acciones, sino



el cerebro, el raciocinio. Las esperanzas prestan un aliento efímero que se desvanece al topar con la primera contrariedad; la convicción es algo más firme que una esperanza y por lo mismo no se deja reducir tan fácilmente aunque también hay que advertir que tampoco se adquiere con la misma facilidad. La característica de la verdadera perseverancia está en la seguridad de discernimiento que permite apreciar el valor de los argumentos y sobre todo el espíritu que los inspira. El optimismo han de dárselo la fuerza, la firmeza, la convicción y no la inseguridad de una esperanza puramente sentimental.

CUIDADO CON LAS OBSESIONES

Así como la perseverancia conduce a la victoria, la obsesión conduce a la testarudez que es una especie de petrificación de la perseverancia. Gradualmente uno se va dejando llevar por una idea fija, que nada tiene de razonable (ni, por lo tanto, de razonada) y de la idea fija a la obsesión va un paso que difícilmente puede evitarse porque entrar en la idea fija es entrar en una pendiente muy acentuada.

Cuidado con caer en el abismo de la obsesión porque de ella sólo se sale casualmente y jamás con seguridad ni de forma razonable. Es mejor tener una seguridad que una probabilidad, pero una probabilidad es algo mucho más cómodo y halagüeño por lo cual la mayoría de nosotros preferimos vivir de probabilidades para poder en consecuencia vivir de conveniencias. En realidad, de conveniencias del momento.

Si en alguna ocasión caéis presa de la obsesión, si algún día os sentís atormentados por una idea fija, redu-

cidla con todos los recursos a vuestro alcance porque si cuando uno se da cuenta de una obsesión no la contiene, menos podrá hacerlo cuando sea víctima de ella sin saberlo, cosa que ocurre la mayor parte de las veces.

El testarudo, el obseso, es presa de su manía hasta ver satisfecho su deseo o pretensión. En cambio, el perseverante tiene una mayor ductilidad hasta el extremo de saber abandonar a tiempo sus propósitos ante la convicción de no verse con fuerzas o en condiciones de realizarlas por esto de la obsesión y de la idea fija se pasa a veces a la locura y más allá, a la muerte. En contraposición a esto, en la perseverancia hay más bien un instinto de conservación; el buen soldado ha de saber atacar a tiempo y briosamente pero también ha de saber retroceder a tiempo y prudencialmente para ponerse en condiciones de reaccionar y atacar de nuevo y con mayores bríos hasta obtener la absoluta victoria y con la seguridad de alcanzarla. El buen soldado que no tiene esta seguridad no debe entrar en fuego.

ORDEN, CALMA Y DISCIPLINA

Decía Lord Avebury: *"Con frecuencia se repite que el tiempo es oro, pero en realidad es más; es vida, y sin embargo, muchos que se agarrarían fuertemente a la vida no vacilan lo más mínimo en perder el tiempo"*.

Claro está que quienes tal se portan es por una inconsciencia de sus acciones, pero por lo mismo se ha dicho que uno de los principales elementos de la perseverancia es el raciocinio. El raciocinio es una medida de orden y de perseverancia que adapta las acciones a las situaciones y a éstas les adapta los temperamentos. Es una medida elástica por lo mismo que es una medida de adaptación.

Yo soy enemigo de los específicos y fundo mi opinión en el hecho de que tienden a remediar el mal de todos ejerciendo su influencia sobre determinados defectos. ¡Como si los de-

fectos tuviesen todos las mismas causas! ¿Qué es lo que iba yo a solucionar ahora con dar un *especifico para la calma*? Cada caso requiere una intervención particularísima y no son precisamente leyes generales lo que conviene, sino algo más directo, algo que, con ser más vago, puede ser más terminante si se le añade el consejo de que cada uno ha de adaptarlo a su temperamento.

Hay hombres a quienes les basta una simple reflexión pero hay otros para los que la reflexión debe ir acompañada de una serie de acotaciones sin las cuales jamás llegarían a asimilar un consejo.

Al hablar de calma no hablo, naturalmente, a quienes ya la tienen en exceso, pero, si al mencionar la palabra calma, caen en la cuenta de lo que representa un abuso, mi consejo tendrá el valor de un reactivo y, por consiguiente, teniendo algún valor, será un buen consejo.

Al hablar de orden, no menciono esta cualidad sin dejar de tener en cuenta los desórdenes que traen consigo las diferentes obligaciones de los hombres y la fuerza de las circunstancias. Cito el orden como un principio elemental y racional. No es un orden determinado ni absoluto el que pretendo recomendar sino una inclinación, una tendencia al orden.

Al hablar de disciplina, tampoco quiero significar un perpetuo sacrificio contra los deberes, la salud o las necesidades, sino llamar la atención contra la invasión de los caprichos y de los abandonos a que a menudo se entrega el hombre más por indolencia que por fatiga.

Es preciso levantarse con el sol. El madrugador dispone de muchas más horas para perfeccionarse mientras que quien se entrega a la voluptuosidad de las sábanas cae más fácilmente en el embrutecimiento. Creo también que madrugar es uno de los principales elementos de salud, de equilibrio y, por lo tanto, de perseverancia, lo cual no quiere significar que sean indiscutiblemente perseve-

rantes, equilibrados, sanos, aquéllos que más madrugan. Madrugar por fuerza, hambre o insomnio no supone mérito alguno. Tampoco, por otra parte, soy amigo del sacrificio sistemático, entendiendo por tal todo esfuerzo que se haga con un fin utilitario y dentro de una manera racional dentro de la ley de la moderación.

Mientras la disciplina, el orden y la calma tiendan a corregir defectos de carácter o de temperamento, es aconsejable todo sacrificio para la conquista de la perfección, pero si tales sacrificios han de ser superiores a la utilidad que producen, en tal caso no puedo recomendarlos.

Ni lo fácil es un mérito ni lo difícil es imposible. Entre ambos extremos hay un término medio que, si sabéis interpretarlo, os dará el ánimo suficiente para arriesgarse y vencer.

Orden, calma y disciplina son elementos de perseverancia porque dan la seguridad, la rectitud y firmeza necesarias.

Sin el orden os exponéis a ser extemporáneos; sin la calma, os exponéis a la fatiga, al desaliento y sin la disciplina os exponéis al fracaso. Los impacientes, los desordenados, los impulsivos jamás podrán conducir a puerto la nave de la perseverancia pues ésta zozobrará en un mar de confusiones. ¿Cómo queréis tener la firmeza que yo os pido, que es necesaria, si no sabéis dominar vuestros impulsos y vuestros desalientos? Perseverancia no es una palabra, no es una cualidad; es un encadenamiento de cualidades como lo son todas las facultades humanas.

LA MALA FE

El hombre de mala fe jamás podrá llegar a ser perseverante puesto que la mala fe trae consigo una despresión, una desconfianza en todo que forzosamente ha de afectar no sólo a los resultados, sino ya anteriormente a los medios. Los hombres de mala fe suelen ser constantemente descontentadizos, desconfiados, rece-

losos y pueden esgrimir en la lucha armas peligrosas e innobles, jamás procedimientos puros y honrados. La mala fe es una energía ciega que, aun conduciendo a la victoria, no deja satisfechos porque la satisfacción sólo puede darla una victoria justa y razonada y jamás una victoria obtenida por procedimientos que están fuera de los límites de la honradez. Ni como fuerza impulsiva, ni como fuerza de perseverancia, es la mala fe suficiente; es una fuerza poderosa, como la de todos los recursos del traidor; es una fuerza que hiere por la espalda, pero al fin la conciencia, la honradez, la justicia empañan sus victorias.

LAS HORMIGAS

¿Cuántas veces se han sacado a cuenta estos humildes animalitos? No hay libro de fábulas, no hay libro de moral, no hay libro de enseñanza en el cual no se dedique un elogio a la sabia y pacienzuda perseverancia de estos pequeños seres laboriosos, que, en prolongadas hileras, van y vienen constantemente aportando cada una su granito, su brizna de paja, su motita de hierba para construir sus perfectos y cómodos hogares.

Si un día prestáis atención a alguna de esas hacendosas teorías de hormigas, comprenderéis todo el valor que tiene la acumulación constante de esfuerzos por pequeña que sea. Bien dijo quien dijo que muchos granos de arena forman una montaña.

Pero es el caso de que las hormigas no son única y exclusivamente laboriosas por instinto, sino que, además, son sabias porque son previsoras, ordenadas y poseen en alto grado el sentimiento de la comunidad. "Ayudaos los unos a los otros" es algo que siguen puntualmente las diminutas hormigas que, cuando ven apurada a alguna de sus compañeras con excesiva carga, abandonan su brizna para ayudar a su prójima. He visto ejemplos maravillosos observando a las hormigas; he visto cómo dos se cambiaban de carga para equilibrar la fuerza de arrastre con el peso arrastra-

Orden, calma y disciplina son elementos de perseverancia

do: una deliciosa hormiguita vivísima y por lo mismo un poco entrometida y vehemente, empeñábase nada menos que en arrastrar un grano de trigo; sus diminutas agarraderas eran insuficientes para asir el enorme tributo y la inquieta hormiga daba vueltas y más vueltas buscando ávidamente un agarradero que le facilitase el arrastre; porfió y por fin, claro está que nada dijo el animalito, pero a mí me pareció como si lanzase un grito de satisfacción ante una idea luminosa. El caso fue que con sus mañas despellejó un poco el grano e hizo con el pellejo un maravilloso asidero. No, todavía no fue suya la victoria (ya dije que la hormiga era un tanto vehemente y debido a esto hubo de sufrir una decepción) pues cuando ya creía tener resuelto el problema, topó con la dificultad de que sus fuerzas eran insuficientes. Era preciso no perder más tiempo y así debió de comprenderlo la juiciosa hormiguita de mi cuento, ya que fue al encuentro de una de sus compañeras, más robusta y acezada, que conducía una brizna muy liviana; tuvieron un breve diálogo y fuéronse ambas a donde estaba el grano. Ensayó la fuerte si podría arrastrarlo y, visto que sí, cargó con él cediendo a la pequeña hormiga la brizna que llevaba.

Por su amor, por su constancia, por su juicio, por su actividad, por su porfía, por su perseverancia, en las diminutas hormigas se encuentran los más grandes ejemplos.

ADVERTENCIA

Para ser perseverante no basta con ser tenaz ni tampoco con todo lo dicho. La perseverancia es una facultad sentimiento para la cual no son aptos todos los individuos. ¡Ah, la fuerza, el convencimiento que hace falta! Si todos los editores fuesen como el mío, pocos autores se mostrarían quejosos del éxito de sus obras y

en tal afirmación no hay el más pequeño sentimiento de modestia. Su sistema estriba precisamente en la firmeza de sus propósitos. Es interesante escuchar sus afirmaciones con respecto al éxito de determinados libros y es curioso comprobar su casi absoluta infalibilidad. Ese hombre no calcula, razona y posee un don de organización desarrollado, sabe dirigir el anuncio tan directo a las necesidades, que entre los editores de Inglaterra él es siempre el que da la norma de la moda editorial. Para él no hay obstáculos porque sabe convertirlo todo en beneficios y dícese que el primer éxito que obtuvo en su negocio fue debido a un gran fracaso.

No quiero hablar más de mi editor para que los maliciosos no vayan a creer que les *estoy haciendo el artículo*, como vulgarmente se dice; únicamente le he sacado a cuento porque el hombre me tiene maravillado.

He dicho, he repetido (y lo vuelvo a repetir) que para ser perseverante hace falta una gran fuerza de convicción y a esto hay que añadir que, para tener tal fuerza de convicción, se precisan gran entereza, gran presencia de ánimo para no precipitarse en el abismo del desaliento, enemigo encarnizado de la perseverancia. Allí donde no hay resistencia, sobrevendrá pronto el cansancio y de éste al abandono sólo media un paso. El verdadero trabajo (el trabajo de producción) exige ante todo el estudio, en el cual se encierran toda suerte de esfuerzos intelectuales. El mejor instrumento de trabajo es la atención y la meditación porque de ellas nacen la consistencia, la seguridad. La atención no es otra cosa que un número repetido de esfuerzos, de tensiones más o menos intensas y continuadas.

Es de importancia capital no precipitar los sentimientos por las impresiones del exterior. Esto conduciría a lo que vulgarmente se llama

prejuizar, lo cual, en este caso, es un aspecto del desorden. Con tiempo y cuidado maduran los frutos; con atención y reflexión maduran las ideas que han de conducir luego a la ejecución, esto es: que han de asegurar luego los actos. De una resolución firme se deciden los resultados de las luchas más difíciles, pero, por si este resultado no tuviera lugar después del primer impulso, para eso hay que ser hombre de perseverancia, que es la que mantiene latente la tensión de ánimo para realizar nuevos esfuerzos hasta alcanzar el éxito.

Las resoluciones tienen importancia porque tienden precisamente a lo definitivo, pero por la misma razón tienen una importancia anterior la reflexión y la concentración que las dirigen y una importancia posterior la tenacidad que las mantienen en su firmeza, en su intensidad.

Pensar (o mejor dicho, el trabajo de pensar) es un trabajo de organización, de clasificación; la reflexión es un trabajo de maduración, de pulimentación, la concentración es trabajo de robustecimiento y finalmente la perseverancia es un trabajo de mantenimiento a la par que de impresión.

Toda acción decisiva requiere dos esfuerzos, el de impulsión y el de dirección. Éste depende de la reflexión y el primero, de la perseverancia. Pero muchas veces el esfuerzo de reflexión ha de ser doble porque una decisión significa con frecuencia un esfuerzo de contención y un esfuerzo de encauzamiento; para el primer caso basta con ser resuelto, pero para el segundo se requiere la perseverancia.

A MAYORES DIFICULTADES, MAYORES ÉXITOS

Llegar a la realización de un propósito fácil y sencillo, sin necesidad de esfuerzo alguno, no significa nada en absoluto para la satisfacción de la conciencia. El verdadero éxito está en vencer dificultades y cuanto mayores sean las dificultades vencidas, tanto mayor es el éxito obtenido. Esto parece una verdad del célebre **Pero**

Grullo, pero no hay que poner esta afirmación hasta el nivel de lo ingenuo ya que muchos pretenden buscar su felicidad en la comodidad. Estoy seguro de que, si no la mayoría, buena parte de los lectores compran libros estimulantes con el inocente afán de hallar alguna receta infalible para ganarse la vida sin trabajar o algún *medio-pomada* para hacerse desaparecer todos sus defectos por medio de una simple lectura. Nada de esto es posible. Quienes con tan cómoda pretensión compraron obras, se verán profundamente decepcionados y la culpa no será del autor sino de su candidez.

Esos libros no están escritos para perezosos (ni siquiera para los superficiales) sino que son algo así como una doctrina en la cual están previstos los más salientes de los defectos humanos, en la cual se aconsejan unos ejercicios espirituales y corporales para templar el cuerpo y el alma, en la cual se habla de causas y de efectos, de recursos, de medios, de experiencias, de posibilidades, de ejemplos, todo ello falible porque falible es la voluntad de los hombres que han de utilizarlos.

Esos libros no fueron escritos con otra pretensión que la de estimular al estudio y a la observación a todos aquéllos quienes pudiesen caer sugestionados bajo la promesa de los títulos respectivos, que abarcan los principales y más corrientes defectos humanos.

Cierto día un amigo me confesaba sus debilidades y, ante el claro espejo de su confesión, yo ví mi rostro avergonzado; balbuceé algunos consejos... yo no sé si mi amigo los escuchó porque sospecho que no eran consejos lo que precisamente quería, pero si no los escuchó, yo sentí que eran consejos muy aceptables para mí mismo... y empecé a observar y observarme... Cuando un amigo os confiesa francamente una falta, haced de él un espejo, contemplaos en él y vuestros consejos no caerán en saco roto.

Pero es el caso que nos hemos apartado un poco del tema inicial, que consistía en demostrar que en las mayores dificultades estaban los mayores éxitos. Claro está que no conviene interpretar con exageración semejante afirmación pues se apoderaría de nosotros un miedo cervical que nos alejaría sensiblemente de toda empresa. Los mayores éxitos se encuentran después de haber vencido las mayores dificultades; esto parece que ya queda expresado de un modo más preciso y menos expuesto a temores y para mayor consuelo todavía diremos que las cosas que en el primer momento parecen más difíciles de llevar a la realización, son luego las más fáciles porque, aparte de haber puesto mayor impulso en su realización, la compensación nos llega relacionada con este mayor impulso y por consiguiente toma mayores proporciones.

Puede servirnos de consuelo el hecho de que todo lo que no se tiene requiere un esfuerzo para ser alcanzado; ahora bien, si nuestras pretensiones son pocas, es indudable que el tono, la tensión del esfuerzo (o como se le quiera llamar a su intensidad) también será reducida y las dificultades que se presentarán serán tan caras de vencer como las que se presentarían si el impulso de la pretensión les diese mayor alcance. Esto quiere significar que nuestras pretensiones tengan que llegar a "querer alcanzar el cielo con las manos". Se trata siempre de obrar dentro de límites razonables. ¿Queréis alcanzar el cielo? Puesto que nuestros brazos son cortos para ello, hagamos lo posible para alcanzarlo con todos los elementos que estén de nuestra parte: juicio, razonamiento, imaginación, elasticidad, trabajo, juicio, resignación, perseverancia... No maldigamos si no podemos obtenerlo. Si la perseverancia nos libra de la maldición, lo obtendremos, al fin, en vida. El cielo está a nuestro alcance pero hay que mirar hacia lo alto, hay que elevarse para alcanzarlo y es preciso no decaer ni un solo instante. ■